

de primitivas fortificaciones en la región dada. Enlázanse en y continúan como las los valles que se suceden á una serpiente de innumera- indefinidamente. El mismo el suelo á la cumbre dando or de la colina. En las Ma- castros de dos columbres na, en Sanles de cuatro y ruto (cumbre) situados en más». Téngase por exacta icial puede aceptarse por ente los unos de los otros, os. Y no hay que extra- tancia y extensión de la ones de la colina en que rse la cabida de las coro-

más cuerpos, estos monu- l ó artificial, á cuya cum- iral y en cuya cima que oblación ó alojarse cierto *Castros y Crastos* aunque as *Croas* (coronas) por las

plataformas circulares en que terminan (1). El camino que á estas últimas conduce es, como ya queda indicado, en forma de espiral, sin parapeto unas veces y á la manera de una sencilla rampa: otras se ven defendidos estos caminos con murallas ó parapeto de tierra. La cima ó corona aparece por lo general al descubierto y en hartas ocasiones circuído por un grueso muro de tierra, alto y en declive hacia el centro del castro. Se cree que éstos son los más antiguos, pues hay otros en que la mura- lla es de piedra, de altor como de una pica, dice Castellá, des- cribiendo el Castro Lupario. El de la Arreten (Padrón) conserva las señales de ella, de haber sido como de medio metro de an- cho y haberse empleado la argamasa.

El denominado Castro Valente, que flanquea el Ulla, an- tes de desembocar en la ría de Cesures, es más curioso, aun cuando se halle en ruinas lo principal de su fortificación. Lo que queda en pie, está compuesto por pequeños bloques, algu- nos aprovechados sobre el terreno, por ofrecerlos en abundan- cia, y en ocasiones por medianas *lajes* (losas) puestas de plano las unas sobre las otras, sin tierra ni enlace alguno; lo cual hace pensar si será cosa posterior. Aunque harto maltratado por el tiempo, que no permite siquiera reconstruir la rampa por donde se ascendía, bien deja adivinar por el nombre que lleva y por la extensión de su corona, que tendrá cerca de un cuarto de legua, la importancia que ha debido tener en otros tiempos. El suelo es desigual y en declive hacia el sudoeste no presentando por lo tanto como otros menos curiosos, una superficie por com- pleteo horizontal, pero en cambio por toda su extensión se hallan

han querido dar á la corona de del todo arbitrarias, no deben rmas en que pueden vivaquear no siempre, pues los hay en que que tengan de 15 á 16 metros vía, y depende siempre de la co- se componen. Nuestro Vereá y o al P. Sotelo, señaló á la corona gual á la del patio del palacio real

(1) *Castro* es su verdadero nombre y el más general: *crastos* (que es una variante de la voz anterior) hacia Samos, *Croas* (coronas) en tierra de Mondoñedo y Meyra y en las montañas del interior de la provincia de Pontevedra. Algunas veces los confunden con las grandes mamoas, no sólo algunos arqueólogos, sino el mismo vulgo que, vgr. en tierra de Castro de Rey, denomina á un castro ó *mon- te da mamoá grande*.

La ciudadela de Tirynto se llama al presente *Palæocastrum*. (*Mycenes*, par Schliemann, p. 50).

esparcidas grandes rocas naturales, algunas con estanques, y asimismo una hilada de piedras clavadas, como de un metro de alto, que si se mira como un alineamiento, pudiera decirse opinión arriesgada, y si no, será difícil presumir el destino que tuvieron, ni qué significan en aquellas soledades. No son estas circunstancias sin embargo las que le dan mayor notoriedad, sino los extensos y desiguales restos de su muro, en el cual y de distancia en distancia, se abren algunas puertas, unas más importantes que las otras, pero todas indicando el cuidado que se puso en fortificarlo convenientemente. Una tan sola presenta las piedras trabajadas; pero todas ellas al desmoronarse, vertieron sobre el campo los restos de los cubos que guarnecían la muralla, dejando percibir que unos eran cuadrangulares y otros redondos, estos últimos por el estilo, aunque de piedra, de los que presentan algunas fortalezas de la Galia. Los cuadrados se encuentran todos en la parte más notable de la fortificación, y los redondos en la que parece más antigua.

Ya se ha visto al tratar de las ciudades de las alturas que estos monumentos especialísimos figuran, en primera línea, en las leyendas de muchos santos gallegos. No era pues posible que la del apóstol Santiago careciese del suyo. El *castro lupario* le pertenece por entero, y de él parte y en él se concentra, no tanto lo maravilloso, sino lo que pudiera decirse histórico en cuanto se refiere al arribo y traslación del santo cuerpo. Castellá Ferrer, que escribió la vida del apóstol, no podía menos de visitarlo, y á él debemos su descripción. Le conocemos, pues, tal como se hallaba á últimos del siglo XVI, siendo por lo tanto las noticias que suministra aquel autor, las más antiguas que nos quedan en orden á la disposición y modo como estaba construído. «Residía Lupa, escribe, en un castillo y fortaleza suya, rodeado de gruesa muralla, que aún tiene doce pies de ancho en algunas partes, dentro de la cual hay tanta capacidad que cabe un escuadrón de cuatro mil hombres y más: aún hay hoy día grandes pedazos de ella; en parte tienen altor de una pica,

lgunas con estanques, y is, como de un metro de nto, pudiera decirse opi- ssumir el destino que tu- oledades. No son estas dan mayor notoriedad, e su muro, en el cual y inas puertas, unas más ndicando el cuidado que e. Una tan sola presenta al desmoronarse, vertie- ubos que guarnecían la i cuadrangulares y otros unque de piedra, de los Galia. Los cuadrados se ole de la fortificación, y igua.

dades de las alturas que an, en primera línea, en s. No era pues posible el suyo. El *castro lupate* y en él se concentra, diera decirse histórico en n del santo cuerpo. Cas- óstol, no podía menos de . Le conocemos, pues, tal i, siendo por lo tanto las s más antiguas que nos nodo como estaba cons- castillo y fortaleza suya, ene doce pies de ancho hay tanta capacidad que bres y más: aún hay hoy tienen altor de una pica,

(que quiere Dios conservar estas memorias en honor de su apóstol). Tenía el castillo en medio de esta plaza, cuyos cimientos se ven ahora, y desde la entrada de la primera muralla, se iba á él por una calle estrecha, de ocho pies de ancho, hecha de uno y otro lado con gruesas murallas» (1).

Pudiera muy bien establecerse una cierta diferencia entre los grandes castros que acabamos de describir y otros menos importantes, de más reducidas proporciones, y por lo mismo de un orden inferior, correspondiendo entre nosotros al *castellum* de los latinos. Como punto de partida para mayores investigaciones, debe admitirse esta diferencia, pero no más: pues aunque no ha de callarse que á muchos de ellos llama la tradición *castelos*, quizás sea porque se levantaron en su centro en tiempos posteriores algunos castillos, como sucedió en el *Lupario*, ó simplemente una torre como en otros que menciona la Compostelana. Y aquí será oportuno recordar, que si es cierto como afirma el Sr. Barros Sibeló en sus *Antigüedades*, que halló en la Golada un castro de forma cuadrada, mejor debe considerársele campamento romano como lo fueron sin duda en un principio los especiales emplazamientos que conocemos con el nombre genérico de *Rocha*, y como aquél situados más en lo llano. Así en Iria la *Rocha Blanca* (2) palacio y fortaleza de sus preladados, en Santiago la *Rocha* también casa y castillo de los arzobispos compostelanos, y en Narla la que lleva su nombre y en la cual estuvo la casa y castillo de los Ulloas. Por lo demás y mientras no se conozcan mejor, no es posible advertir ni señalar en estos

(1) No faltan en la Compostelana noticias de este castro así como tampoco de otros más, probando que siguieron usándose por nuestros antepasados como lugares de refugio y defensa, cuando menos hasta el siglo XIII. Así se ve que en los documentos son sinónimos las palabras castro y castillo. V. *Hist. Comp.*—Gregorio de Tours en su *Hist. francorum*. lib. III, cap. 13, describe el castillo de Merliac de un modo que nos parece estar viendo nuestro Castro Valente. No falta ni siquiera la fuente al pie.

(2) Entre los campamentos romanos de Gergovia (Francia) hay uno que se denomina como el de Iria la *Roche Blanche*, circunstancia que no creemos tan fortuita como á primera vista pudiera creerse.